

## EL CONTEXTO HISTÓRICO EN LA NOVELA *EL SUEÑO DE ÁIZIK*

SILVIO GRYC

### Abstract

Doctor Leibov, a medical doctor stationed in the colony of Lucienville, and later in the colony Narcisse Leven, was dismayed by the hardships and mismanagement he witnessed during his time there. He wrote a novel, *The Dream of Aizik*, first published in 1916, which revolves around the experiences of a fictional Jewish settler. The current paper discusses the direct and indirect criticisms expressed in the novel against the conduct of JCA. Whereas the bulk of the criticism in the book was levied against the settling company, the author does not shy away from criticizing the settlers, who played an active part in forming the realities of those days. While the novel is a work of fiction, an analysis of the story through a critical-historical lens opens up an additional window into understanding the experiences of Jewish settlers in the Argentinian prairies in the early 20th century.

*Key words:* Early 20th century, Jewish emigration to Argentina; colonization hardships; JCA-settlers' relationships

El Dr. Lázaro Leibov fue contratado en 1908 como médico por la Cooperativa de la colonia Lucienville. En la década de 1910 pasó a servir como médico de la colonia Narcisse Leven, al sur de la provincia de Buenos Aires.<sup>1</sup>

1 Jesekiel Schoijet, *Apuntes para la historia de la colonia Narciso Leven*, Buenos Aires

Leibov publicó capítulos de su novela en el periódico literario de habla rusa *Novy Mir*, que apareció desde 1916 en Nueva York. Pinie Katz, el redactor del cotidiano *Di Presse* en Buenos Aires, la tradujo al ídich y la publicó en su diario. Finalmente, en 1928, se imprimió en ese idioma como libro en la editorial Peinemer un Peinemlaj, con el título *Áiziks jólem, El sueño de Áizik*.

El Dr. Leibov señala en el prólogo que escribió la novela con la intención de criticar la forma de actuar de la empresa colonizadora JCA (Jewish Colonization Association) y describir el daño que esa actuación causa a la colonización judía en la Argentina.<sup>2</sup>

Dos médicos que le precedieron también publicaron sus críticas hacia la JCA. El Dr. Joseph Yafe fue contratado por el barón Hirsch para servir como médico en la colonia Mauricio. Asumió su puesto a principios del año 1892, y renunció después de tres meses, indignado por el trato de los empleados de la empresa hacia los colonos. Hacia fines del mismo año remitió ocho artículos al periódico *Hamelitz* bajo el título “Crónicas de la población en Argentina”.<sup>3</sup>

El Dr. Théophile Wechsler llegó a la colonia Mauricio en 1893, luego

---

1953, p. 69. Samuel Y. Horovitz, *Colonia Lucienville*, Buenos Aires 1932, p. 66. Las dos referencias fueron traducidas del ídich por mí. En la cubierta de la novela aparece solamente la inicial del nombre propio en ídich. El doctor Lázaro Leiboff aparece en la lista de residentes en Basavilbaso, <https://kehilalinks.jewishgen.org/basavilbaso/pdf/Basavilbaso%20Vital%20Records%20-%202020150110.pdf>, p. 44; participó en la comisión de la biblioteca en la colonia, <https://bassoenlared.com.ar/instituciones/bibPLucienville.htm>, (acceso: noviembre 2020).

2 El barón Maurice de Hirsch (Múnich 1831 - Hungría 1896), empresario y filántropo judío, promovió la educación de los judíos oprimidos en la Europa oriental y legó toda su fortuna a la JCA (Jewish Colonization Association), la empresa colonizadora fundada por él y cuyo propósito fue el salvataje de comunidades judías de la Europa oriental por intermedio de su asentamiento como agricultores en tierras adquiridas por la empresa, especialmente en la Argentina. Véase Haim Avni, *Argentina, ¿Tierra Prometida? El Barón de Hirsch y su proyecto de colonización judía*, Buenos Aires 2019, <https://www.editorialteseo.com/archivos/category/uai-investigacion+libros-2/>, (acceso: noviembre 2020).

3 *Hamelitz* se publicaba en hebreo en San Petersburgo. Los mencionados artículos figuran en los números 221, 231, 233, 237, 238, 241, 243, 249, publicados entre 9.10.1892 y 11.11.1892 [mi traducción].

de que por más de un año no hubo en la colonia servicio médico adecuado. Renunció a su puesto poco más de un año después. En 1896 (o 1898) publicó una pungente crítica contra la JCA, basándose en sus experiencias como médico en la colonia. En sus palabras: “Querían colonizar judíos rusos en la Argentina sin saber lo que es un judío ruso, qué es colonización y qué es Argentina”.<sup>4</sup>

En 1928, el Dr. Leibov posee una perspectiva de 20 años desde su llegada a Lucienville, y de más de 10 años desde que publicó su obra en el periódico *Novy Mir*. Menciona en el prólogo que la situación de la empresa colonizadora deterioró durante la pasada década, por lo que él denomina “la historia trágica de la colonización de la JCA en las Pampas Argentinas”. Y agrega: “la triste realidad de la colonia Narcisse Leven, cerca de Bernasconi, en este momento, es el resultado lógico de los métodos de gestión de los empleados de JCA”.<sup>5</sup>

En el prólogo,<sup>6</sup> el autor expresa su crítica abiertamente. En cada uno de los diez capítulos de la novela, el autor basa su crítica sobre la yuxtaposición de caracteres estereotípicos opuestos. En este artículo se analizará la novela, capítulo por capítulo y en su totalidad, desde el punto de vista histórico.

El relato de Áizik comienza en la soñolienta aldea judía Schlepovka, en la provincia ucraniana de Jerson. En el primer capítulo,<sup>7</sup> Leibov presenta la arena sobre la cual se desarrolla el encuentro entre dos personajes de características totalmente opuestas. Por un lado, Áizik, de 24 años, primogénito, delgado, ojos saltones, de pocos recursos. Casado con Braine, cerraron para ellos parte de la habitación que compartían todos los hermanos.

Un estudioso de las escrituras desde muy joven, Áizik consideraba la

4 Théophile Wechsler, *Mémoire sur les Colonies Agricoles Israélites de la Jewish Colonization Association dans la République Argentine, 1896/8*, Berlín 1987 (?), p. 10, [https://www.nli.org.il/he/books/NNL\\_ALEPH002465154/NLI](https://www.nli.org.il/he/books/NNL_ALEPH002465154/NLI) [mi traducción] (acceso: noviembre 2020).

5 E. Leibov, *El sueño de Áizik*, Buenos Aires 1928, p. VI. Todas las citas remiten a esta edición y están traducidas por mí.

6 Prólogo, pp. IV-VIII.

7 Capítulo I, pp. 9-18.

labranza de la tierra como el oficio histórico del pueblo de Israel. Como el lote de su padre era pequeño, para subsistir enseñaba ídish y judaísmo en la aldea.

Áizik era un soñador. Percibía la realidad a través de los relatos bíblicos. Toda oportunidad y todo público eran adecuados para exponer, en un trance extático, su ideal de retornar a la Tierra Santa. El público atendía, pero el ideal de Sión no motivó a nadie a dar paso alguno para dejar la aldea.

Gentes de recursos dejaron de mandar a sus hijos a estudiar ídish y judaísmo, la situación económica empeoró, y Áizik, ya padre de una niña, comenzó a pensar en el futuro de su familia.

En este preciso momento, Leibov presenta al segundo personaje. A Schlepovka arribó un misterioso forastero: un judío alto, apuesto, traje hecho a medida, sombrero fino, anteojos. Con discreción entraba a las casas, y como por casualidad se interesaba en la situación económica de cada familia y en su estado de ánimo.

En Schlepovka nadie sabía quién era ese visitante que llegó a un lugar tan desolado. Alquiló una habitación en las afueras de la aldea, y al poco tiempo recibió permiso de residir en el lugar. Dedujeron que estaba bien conectado con las autoridades, y sabía el “precio de la policía rusa”.<sup>8</sup> Cuando le preguntaban respondía vagamente que el gobierno le había encomendado reunir datos estadísticos sobre los lotes de cada familia en la aldea. Su respuesta no originó dudas ni preguntas. Los aldeanos lo trataban con mucho respeto, y en la sinagoga le cedieron el lugar más distinguido.

El autor no proporciona ningún dato personal del elegante caballero. Ni sabemos su nombre. Poco a poco revela su oculta misión. Es un agente empleado por la JCA, y su tarea es reclutar colonos para establecerlos sobre tierras que la empresa adquirió recientemente en Argentina. Él comprende que Áizik, un devoto idealista de Sión, puede dificultar su misión. Emplea una estratagema para pasar a Áizik a su lado. Simula ser sionista, y de estar de acuerdo con él. También menciona la obra filantrópica y caritativa del barón Hirsch.

Áizik admira los vastos conocimientos de su nuevo compañero, y

8 Ibidem, pp. 12 y 13. El autor se refiere a sobornar a los policías rusos.

comienza a admitir sus ideas, entre ellas la importancia de pasar por un tercer país, que servirá como tránsito purificador rumbo a Sión. Áizik se imagina la Argentina como un Jardín del Edén, en el cual se podrá colonizar a todo el Pueblo de Israel y fundar un próspero reino judío.

El agente describe las riquezas que posee la Argentina, la magnitud de los lotes que cada colono recibirá, con todo lo necesario para labrar la tierra. Los aldeanos se embriagan al comparar las promesas con lo poco que poseían.<sup>9</sup>

El agente logra “vencer” a la aldea y organizar un contingente de suficientes candidatas a colonización. Los futuros colonos son los que no tienen qué perder, pues no poseen casi ningún bien o propiedad. Al partir del pueblo, dejan detrás todo lo que conocieron y a todos sus conocidos. El futuro es una mezcla de esperanza e incertidumbre.

En el primer capítulo, Leibov yuxtapuso dos antagonistas. Por un lado, el ingenuo Áizik, pobre, idealista. Frente a él está el agente de la JCA, hombre astuto, que recurre sin titubear a la mentira, al engaño, a medias verdades. Se autojustifica asumiendo que los aldeanos son como niños y que él sabe lo que es mejor para ellos. La pareja dispar que el autor exhibe en este capítulo no representa a todos los futuros colonos ni a todos los agentes de la JCA.

El segundo capítulo<sup>10</sup> describe el viaje de los futuros colonos desde Schlepovka hasta la colonia, y las penurias que sufrieron en su travesía. Para muchos de ellos, era la primera vez que veían un tren. Estaban desorientados, asustados. Una gran variedad de fuentes históricas describe los peligros a los cuales estaban expuestas familias judías hasta que arribaban al puerto de embarque.

También en este capítulo el autor yuxtapone protagonistas de

9 En la Memoria del Departamento General de Inmigración del año 1895 se publicó un capítulo titulado “Investigaciones acerca de la condición en que llegan los inmigrantes israelitas”. A 39 inmigrantes les presentaron 8 preguntas, la primera de ellas, qué les han prometido para emigrar hacia la Argentina. Casi todas las respuestas señalan que les prometieron verbalmente vastas extensiones de tierra, instrumentos agrícolas, semillas, etc., pero que no firmaron ningún contrato. Parte de ellos abonó distintas sumas al agente (o agentes) de la JCA.

10 Capítulo II, pp. 19-29.

características antagónicas. Por un lado, Áizik y sus vecinos representan la faz ingenua. Los personajes que representan la faz de crueldad, maldad e intereses impuros cambian en cada etapa del viaje.

El tren que abordaron estaba sucio, los conductores rusos los maltrataban. Áizik estaba seguro de que con el tren llegarían a la colonia, pero en cada estación los tiraban al andén, con o sin excusa, y se veían forzados a dormir en cobertizos. Así continuó el viaje hasta la frontera, en la cual fueron transferidos a los “sanguinarios empleados del tren de Prusia”, que comenzaron a denominarlos “emigrantes”, pero el trato hacia ellos no cambió. Leibov describe las precarias condiciones en las cuales los emigrantes judíos viajaron en los oscuros vagones de la cuarta clase. Al llegar al puerto, Áizik bendice su redención.

Llegan a Hamburgo: “Este puerto internacional tragaba y al mismo tiempo escupía al mar campamentos de migrantes judíos, que inevitablemente debían caer en este hormiguero”. Bandas de embusteros merodeaban alrededor de los viajeros.<sup>11</sup>

El viejo barco engulló 800 migrantes. El compartimiento parecía un establo, sucio y hediondo. Áizik sufrió física y anímicamente. Comía solo pan y frutas, por no tener confianza en la cocina. Le preocupaba que la mayoría de los pasajeros eran no judíos, lo que podría arriesgar la fundación de un país judío.

Los “Schlepovkas” se encontraron en el barco por primera vez con judíos de otros lugares del Imperio Ruso, de Austria, Rumania, Turquía y Asia Menor. Los pasajeros se agrupaban por separado, según su lugar de origen. Reinaba rencor entre los grupos. También entre los judíos rusos existían categorías. Los letones se burlaban de los del sur de Rusia. Los del sur de Rusia se burlaban de los judíos de Besarabia y les daban apodos despectivos. Y todos juntos se burlaban de los judíos polacos. Para Áizik todos eran judíos, parte del pueblo elegido por Dios.

Leibov describe la dinámica que se desarrolló entre los pasajeros judíos durante la larga travesía. Los que provenían de las zonas noroestes de Rusia ya habían adoptado ideologías socialistas. Para los “Schlepovkas”, los

11 *Ibidem*, p. 20.

socialistas eran unos renegados, y éstos a su vez los veían como mendigos, incapaces de captar ni entender ideales modernos.

Con Áizik viajaban otros personajes de su aldea y alrededores. Entre ellos Dudek, el *shamash* (auxiliar de la sinagoga), tuerto, lisiado, depresivo y posiblemente con cierto retardo. Junto con él se anotó para emigrar Feivel, el deshollinador. También estaba el músico de Saroka, que decidió apearse a los Schlepovkas y alegraba a sus compañeros de viaje.

En contraste con todos ellos, el narrador presenta a Bunchik, que operaba una caja musical. Provenía de una aldea en Besarabia. Las características que el autor atribuye a Bunchik no son nada elogiosas: falso, aprovechador, portaba con él una fortuna pero se hacía pasar por pobre. Esta descripción es parte de la estereotipación de los inmigrantes según su origen. Veremos más adelante que el sectarismo según origen, revelado en el barco, se reflejó también en la vida comunitaria de las colonias, como lo presentan diversas fuentes.<sup>12</sup>

Después de tres difíciles meses, el barco arribó a Buenos Aires. A las cinco de la mañana la tripulación despertó a los pasajeros pateándolos. Arrojaron sus bultos y valijas a la costa. Les permitieron desembarcar después de un día entero de revisiones médicas. Áizik y su familia permanecieron dos semanas en el viejo Hotel de Inmigrantes. Otros, que no eran “candidatos” a colonización (así en el original), se comunicaron con parientes e intentaron encontrar trabajo en la ciudad.

La capital no semejaba la “nueva Jerusalén” que Áizik se había imaginado, y sintió alivio al salir de ella. Los inmigrantes de Schlepovka junto con sus nuevos compañeros de viaje fueron enviados a la provincia de Entre Ríos, en la cual vastas parcelas de tierras vírgenes “esperaban la llegada de mano de obra judía”.<sup>13</sup> El paisaje desde la ventana del tren era desolador. Alrededor de las estaciones no se veía a nadie. La naturaleza

12 Schoijet (véase nota 1), pp 17-18, 20. Naum Krichmar y Meier Bursuk, *La Colonia Narcisse Leven 1909-1954*, Buenos Aires 1964, sección en idish, pp 159-160; véase [https://www.nli.org.il/he/books/NNL\\_ALEPH000979663/NLI](https://www.nli.org.il/he/books/NNL_ALEPH000979663/NLI) (acceso: noviembre 2020).

13 Crítica sutil: no esperaban “colonos” sino “mano de obra”. En diversas fuentes se denomina a los inmigrantes “brazos”.

parecía muerta: planicies que la vista ni podía abarcar, cruzadas de vez en cuando por zanjas de agua sucia, bosquesillos que ninguna mano humana había tocado.

Arribaron hambrientos a la estación final. Un empleado del ferrocarril dio órdenes, y los bultos fueron cargados en carretas. Un joven guió a pie a los recién llegados por el campo. La procesión paró a 50 metros de la mansión del “*paritz*”.

Todavía no sabemos a quién se refiere Leibov al escribir “*paritz*”. Cuando la novela se publicó, el significado de esa palabra en ídich era “feudal ruso”, pero también uno que trataba a los judíos con crueldad.

En el segundo capítulo hemos visto, frente a los ingenuos Schlepovkas, a malvados empleados de ferrocarriles y tripulantes del barco. También se vislumbran agudas diferencias entre los colonos según proveniencia. Leibov agrega que el país estaba interesado en mano de obra para desarrollar las vastas superficies vírgenes, y no le importaba que la mano de obra fuera judía.

El tercer capítulo, “Colonizan a los Schlepovkas”, comienza en el patio de la mansión.<sup>14</sup> El autor describe la riqueza del lugar, embellecido por un jardinero europeo. La mansión fue construida por un terrateniente endeudado que vendió a la JCA la estancia, que abarcaba 40.000 hectáreas, a un precio muy bajo. La enorme hacienda estaba poblada por innumerables manadas de vacas y de caballos salvajes. En las tierras que la JCA adquirió había una gran cantidad de fincas lujosas como la descrita, y en ellas asentaron a los administradores. En agudo contraste con esta opulencia, vemos la pobreza de los desaventurados candidatos a colonización.

La JCA concedió a las autoridades provinciales, carentes de recursos, un edificio bajo, que anteriormente servía como alojamiento para los pastores del terrateniente. Allí ubicaron al comisario y sus ayudantes “de tez oscura”. “La policía era imprescindible para mantener el orden de la empresa”. La enseña nacional ondeaba sobre el edificio.<sup>15</sup>

14 Capítulo III, pp. 29-35.

15 Yafé (véase nota 2) describe el rol de la policía en la colonia Mauricio. Al escribir “tez oscura” el autor se refiere a los gauchos.



Los detalles que aparecen al inicio del tercer capítulo enfatizan el abismo material que existía entre la administración y los colonos, prólogo a las relaciones que se desplegarán entre las dos facciones.<sup>16</sup>

La mansión es el escenario sobre el cual comienza a desarrollarse el proceso de colonización. Agruparon a los recién llegados, que ya estaban dos meses en el país, el empleado que los guió desde la estación recogió sus documentos y los entregó a la oficina, donde prepararon la lista de candidatos a colonizar. Muchos no fueron incluidos, sin explicación alguna, entre ellos Áizik y Braine, quienes fueron anotados en un grupo a ser colonizado en otra zona de la provincia. Le prometieron que el director local les esperará y ayudará.

Leibov describe las entrevistas con los candidatos, citados uno por uno. El primero fue Dudek. Lo dejaron esperar media hora fuera de la oficina del administrador. Temblaba, atemorizado. Después de esa media hora lo admitieron a la oficina. Dudek quedó cerca de la puerta. El administrador estaba detrás del escritorio, escribiendo. No levantó sus ojos, ni siquiera lo miró. Después de varios minutos, lo valoró indiferentemente. Conocía todos los detalles por los documentos. Dudek dejó de respirar, esperando al veredicto. Otros diez minutos y la audiencia finalizó. Al salir le dijeron que ya era un colono. Dudek se regocijó, y los demás Schlepovkas se alegraron con él. La indiferencia y la falta de atención hacia ellos por parte de la administración se reflejaba en todas las actividades.

El autor describe la hermosa naturaleza al atardecer, y al mismo tiempo el desorden que reinaba alrededor de la mansión. Los futuros colonos no sabían qué hacer ni dónde dormir. Algunos arreglaron unos tabloncitos cerca del galpón de cereales. Otros durmieron bajo las carretas en las cuales seguirían su viaje.

Áizik no pudo dormir. Intentó figurarse la imagen del director de la nueva colonización a la cual fue asignado. En su delirio vio a un respetuoso patriarca judío, y se describe su fisonomía y su vestimenta, tal como se las imaginaba Áizik. El patriarca tenía una suave voz, que era como un

16 Numerosas fuentes históricas detallan las relaciones tensas que reinaron en la obra colonizadora desde sus primeros pasos.

bálsamo, cada una de sus palabras traía felicidad y serenidad al alma, encendiendo un rayo de esperanza.

Áizik se figuraba también la suntuosa oficina, decorada con imágenes de los patriarcas, y sobre ellos Moisés, que, según el deseo de Dios, asignaba a los oprimidos judíos justicia y dignidad. Llegó el amanecer, lleno de esperanza.

El cuarto capítulo, “Áizik intenta nuevamente colonizarse”,<sup>17</sup> comienza en el tren que los lleva al nuevo destino. Cruzan paisajes monótonos, grandes extensiones sin pueblos ni casas. Varias carretas esperan a los “candidatos” en la estación (las comillas en el original). Intentan acomodarse sobre los bultos.

El día es frío y lluvioso, viajan a la intemperie, sin amparo alguno. La procesión de cinco carretas va acompañada por varios sulkys y un gaucho a caballo. Otro gaucho iba sentado sobre el cajón que contenía los libros sagrados de Áizik. Las carretas entran por un portal a un jardín. El autor describe la mansión y el hermoso jardín.

Era la hora del té de la tarde. “*El señor*” y sus ayudantes estaban sentados en el porche alrededor de una mesa. Una joven y linda doncella servía a la mesa. Áizik estaba preocupado por el hecho que todo el personal estaba compuesto de no judíos, como también por la presencia de gauchos semi-salvajes.

Avisaron a los Schlepovkas que la recepción de los candidatos comenzaría a la mañana. Por la noche estalló una tormenta. Los inmigrantes estaban en las carretas, a la intemperie. El autor presenta nuevamente el agudo contraste entre los futuros colonos, expuestos sin amparo al feroz clima, y el administrador y sus ayudantes, que dormían resguardados dentro de la casa.

El sol estaba ya alto sobre el horizonte cuando el ayudante del “director principal” salió al vestíbulo e invitó a Áizik. El autor detalla su pulcro atuendo y, en contraste, la vestimenta descuidada y no muy limpia de Áizik, quien ni pensó en lavarse antes de la entrevista. Esperó media hora en un corredor lleno de escritorios, herencia del terrateniente.

17 Capítulo IV, pp. 35-41.

Sonó una campana y la puerta a la oficina del administrador se abrió para el primer candidato. Leibov describe lo que los ojos del emocionado Áizik vieron al atravesar el umbral. Se inclinó reverente, y asustado inspeccionó la amplia habitación. Todo era distinto a lo imaginado en su sueño. En las esquinas de la oficina, a los lados del largo escritorio, sobre hermosos pedestales tallados, se erigían estatuas de yeso blanco de mujeres desnudas en postura de Terpsícore. Sobre una pared colgaba el retrato del Barón, su cara afeitada luciendo un bigote de húsar. Sobre la pared opuesta, un retrato grande del general San Martín. Tras el escritorio, sentado sobre un mullido sillón tapizado en cuero, estaba el director, de unos 40 años, cara afeitada, mejillas rosadas, calvo, cuero cabelludo brillante. Su rostro daba impresión de descontento y despecho. Leía apaciblemente la correspondencia. Una carta quebró su tranquilidad. Comunicaba que sin asistencia por parte de la administración no podrían proporcionar ayuda sanitaria necesaria a zonas en las cuales una epidemia de tifo causó la muerte de varios candidatos a colonización. El autor insinúa que el aspecto económico le interesaba más que las vidas de los colonos.

El administrador apartó a un lado la correspondencia y comenzó a revisar la lista de candidatos. El ayudante, de pie a su lado, le explicaba en francés las notas agregadas a lo largo de la lista, mientras señalaba sobre el plano de la colonia colgado sobre la pared. El administrador se irguió, examinó a Áizik de arriba abajo, se volvió al mapa y al recorrer el mismo “un anillo de oro con piedras preciosas centelleó al mover el dedo”.

El ayudante pidió a Áizik que se quitase la gorra, pero este se negó, explicando en ídish que en una casa judía no se anda sin gorra. Enfurecido, el administrador anotó en la lista: “sin hijos, no respeta a los mayores”.

Le anuncian que no fue borrado de la lista, pero sería el último en ser colonizado, y en otra zona de la colonia. Pálido de enojo y de nervios, no puede explicar a sus compañeros la causa de su fracaso. Braine llora.

En este capítulo Leiboff describe la disparidad cultural entre la administración y los colonos, quienes no comprendían el idioma que utilizaban entre ellos los empleados, y todavía menos las decisiones que incumbían al futuro de sus familias. Por su parte, la administración ostentaba un desinterés casi absoluto por los colonos.

El quinto capítulo, “Los Schlepovkas trabajan”,<sup>18</sup> comienza con los preparativos del traslado a otra parte de la colonia, a una distancia de 65 kilómetros. La tormenta fue seguida por lluvias torrenciales e inundaciones, lo que imposibilitó el viaje. Tuvieron que esperar cuatro días hasta que el nivel del agua bajó, días que pasaron en el campo, a 300 metros de la estancia. Irónicamente el autor agrega que, en un acto de “generosidad”, el administrador les permitió permanecer en dos chozas que antes solían usar los pastores. Así Áizik conoció las condiciones en las cuales viviría en el campo: sin puertas, sin ventanas, con agujeros en el techo, con viento y lluvia que penetran por todas partes...

Leibov critica abiertamente a la JCA, pero no solo a ella. Sentado sobre una loma, Áizik observa la vasta estancia, “que por una cruel trepa del azar se transformó en el centro del feudalismo agrario que se está creando”. No un feudalismo basado en vasallos, sino un feudalismo moderno, un feudalismo democrático, “si se permite adjuntar estos términos contradictorios”. Tampoco el dueño anterior de la estancia, jurídicamente el patrón de esas vastas extensiones, era un señor feudal en el significado histórico de la palabra. De hecho, estaban pobladas por rebaños de reses salvajes, el manto feudal de un capitalismo primitivo. El segundo factor que tenía un rol en ese orden primitivo eran el peón y el gaucho.

Leibov continúa su crítica:

[...] los Schlepovkas no sospechaban ni se imaginaban que les habían destinado el papel de revolucionarios sin escrúpulo al servicio de los cambios económicos en el agro argentino. Áizik no sospechó que su destino fue luchar contra el exhausto guerrero de la vida argentina, y que debe sucumbir en la primera etapa de la batalla.

En los ojos de Áizik el futuro se vislumbraba de manera diferente, pero no era su culpa.

Los exhaustos y hambrientos Schlepovkas se organizaron nuevamente para el viaje. Les alegró que sus carreteros fueran judíos que ya habían sido colonizados. El autor aclara que estos colonos se ocupaban de transportes

18 Capítulo V, pp. 41-49.

con la aprobación de la administración. Áizik olvidó todas las tribulaciones y las ofensas, y con nueva vitalidad se sentó al lado del carretero, así podría charlar con un verdadero colono, el cual le revelaría todos los secretos de la colonización.

El camino no fue fácil. A los magros caballos la travesía les era dificultosa. En varios lugares vieron casitas de ladrillos medio construidas, y colonos barbudos tratando de terminarlas. La JCA asignaba una suma para la construcción y otra suma para su mobiliario. Los impacientes constructores no habían completado las casas, y las entregaron así a los colonos para que estos lo hicieran a su propia cuenta. En una faltaba una puerta, en otra una ventana o un horno. Los colonos invirtieron muchos esfuerzos para finalizar lo que la administración comenzó. El autor critica a la JCA por descuidar sus obligaciones hacia los colonos, y agrega que quejarse no había a quién y rebelarse estaba prohibido.

Solamente en las pausas del viaje pudo Áizik hablar con el carretero. “Todo mal”, dijo éste. Áizik preguntó cómo es que un colono se ocupa de algo tan inferior como carretero. “¿Inferior? Ojalá que Dios dé a todos los colonos ganancias así”, contestó irónicamente. Áizik le preguntó qué hace con su tierra. “¿Con la tierra? ¿Usted ve acá el yermo? Mi lote y el de mis vecinos es peor.” El carretero continuó relatando las dificultades que tuvieron que superar al ser colonizados. El administrador demandaba que labrasen y sembraran todo el terreno. “No tenemos suficientes recursos para emplear peones, los gauchos no sirven para este tipo de trabajo, y no quieren trabajar.” Según el carretero, muchos de los colonos subsistían gracias al apoyo que recibían de la empresa, y amenazaban que sin ese subsidio se fugarían de la colonia.<sup>19</sup>

A Áizik le resultaba difícil creer al carretero. Ya se vislumbraba la colonia. En lugar de un núcleo compacto de casas como en la aldea rusa, vio una línea de chozas a dos kilómetros la una de la otra. Casuchas hundidas en alta vegeación silvestre, sin árboles, sin patio, 50 familias sobre 8.000

19 Algunos colonos describen en sus memorias la condición de los lotes y los esfuerzos que eran necesarios para adecuarlos a la labranza. En los primeros años de la colonización estuvo prohibido emplear mano de obra externa.

hectáreas. A lo lejos, la mansión del director de la pequeña colonia. Cerca de ella, las chozas de la policía.

Por la noche, los recién llegados fueron invitados a hospedarse en casas de colonos. Leibov describe la miseria que reinaba en la casa en la cual se alojó Áizik con su familia. Sobre una de las paredes colgaba un dibujo de Jerusalén cubierto de heces de moscas. A su lado una foto del “inolvidable Barón”. El autor enfatiza el contraste alegórico entre las condiciones de vida del colono y su reverencia hacia el símbolo del judaísmo y hacia el barón Hirsch. Su anfitrión, un hombre mayor con una amplia barba, se contentaba con lo que poseía. Tampoco tenía los recursos necesarios para cambiar o mejorar algo. Él y su hijo casado compartían la casa y el lote. Fueron colonizados por casualidad: dos colonos que los habían precedido se fugaron por las condiciones que existían en los primeros años. Uno de ellos se había escapado hacía tres años a medianoche, y ahora trabajaba como vendedor de ropa. Esto entristeció todavía más a Áizik.

Al segundo día los Schlepovkas se acercaron a la administración. El desilusionado Áizik fue sin ganas. Había un tumulto alrededor de la casa de la policía. Oyeron gritos y blasfemias en ídish, dirigidas contra el administrador. Éste iba montado sobre un lindo corcel y gritaba a los policías en un castellano defectuoso. Los agentes llevaban a dos colonos, y un tercero estaba sentado con manos y pies esposados. Áizik asumió que eran delincuentes, pero otros colonos que presenciaban el drama le explicaron que habían intentado fugarse y los atraparon al otro lado de la colonia, sobre el único camino de salida.

Leibov añade:

[...] esta escena es un ejemplo vivo del riguroso sistema por el cual judíos son asentados en su nueva ‘zona de residencia’

[...] la anarquía administradora que caracteriza los primeros pasos de colonización judía en la argentina fue la causa de los sucesos descritos.

Áizik protesta en voz alta por el arresto, pero judíos que están a su alrededor le dan a entender que está prohibido hacerlo.

En este capítulo el autor continúa desplegando las relaciones desiguales entre la JCA y los colonos. La empresa colonizadora no cumplía con sus

obligaciones, pero los colonos no tenían manera alguna de exigir sus derechos.

El sexto capítulo, “Los primeros fracasos de los Schlepovkas”, continúa los eventos de los primeros días.<sup>20</sup> Alguien delata a Áizik por haber criticado a la administración.<sup>21</sup> Por tercera vez lo borran de la lista de colonos –en la cual de todas formas estaba anotado condicionalmente– por “no respetar a la autoridad”. Áizik queda en la calle, sin casa, sin terreno y sin trabajo. La administración advierte a los demás colonos que no lo alberguen en sus casas, por temor a que “arruine” a los “clientes” de la empresa colonizadora.<sup>22</sup> Braine desespera.

Áizik se encamina al lugar en el cual asentaron a su amigo Dudek. Se describen las dificultades que éste tuvo que afrontar. Lo dejaron prácticamente solo en el campo, sin experiencia en agricultura y sin guía alguna; le llevó más de un año limpiar parte de su lote, y en todo ese tiempo no tuvo ningún ingreso, ni sabía cómo organizar el trabajo. Cada mañana había mucho alboroto alrededor de la casa, cuando su esposa intentaba ordeñar la vaca, una res salvaje que le llevó a Dudek varios meses domar. La mujer añoraba a Schlepovka y a su cabra, que entraba a la casa para ser ordeñada.

La falta de experiencia de Dudek es visible en sus intentos de atar los magros y débiles caballos al pesado arado. La frustrante experiencia del primer surco fue compartida por muchos otros colonos. Y después de ese primer surco había que desherbar y sembrar, sin experiencia, sin maquinaria ni mano de obra auxiliar. Al completar el trabajo Dudek se sintió un héroe, sin saber si obtendría cosecha alguna.

20 Capítulo VI, pp. 50-58.

21 El autor emplea la palabra hebrea “entregar”, que implica más que “delatar”. En diversas fuentes históricas se menciona la colaboración de personas o grupos con la administración contra otros grupos o personas en la colonia, especialmente por razones de favoritismo.

22 Al escribir esto, el autor acusa a la JCA de considerar la empresa colonizadora como un negocio. La JCA intentó preservar los fondos que legó el Barón. Véase Silvio Gryc, “Between Agriculture and Nationality – The Jewish Agricultural Colonization in Argentina between 1925 and 1935”, Tesis de Doctorado, Universidad de Haifa, 2019, pp. 87-88.

En la colonia las expectativas eran altas. Los colonos, el almacenero, el comerciante de granos, el agente, el empleado gubernamental, el dueño de la tierra (la JCA), el prestamista, el peón, el despreocupado gaucho, en fin, todo el mundo preveía una buena cosecha. Prepararon un amplio galpón para almacenar los granos, la maquinaria agrícola llegó a la estación del tren, se otorgaban créditos. Los colonos acosaban a la administración en busca de lotes en el centro urbano cerca de la estación, para abrir un pequeño negocio o construir una casita. Un afán febril de especulación se apoderó de todo quien poseía alguna propiedad. Con la perspectiva de alza rápida en el precio de las tierras, cada uno quería aferrarse a su lote. “Los periódicos cantaban odas al gran futuro de la tierra”, “todo el país se embriagó por noticias respecto a la exuberante cosecha”, “los colonos se ilusionaron y se endeudaron hasta el cuello”.<sup>23</sup>

Y entonces, el viento trajo legiones interminables de langosta. “Todas las esperanzas de una futura riqueza sucumbieron.” El autor describe el tremendo daño que causó la plaga, y un mes después la eclosión de las larvas que devoraban lo que comenzó a germinar. Luchar contra ellas era fútil. Agentes gubernamentales de asistencia agrícola obligaron a los colonos, mediante fuerza policial, a combatir la plaga: “Todos sufrían la misma desgracia, y la invasión de los parásitos del gobierno se hizo sentir de una manera mucho más fuerte que la invasión de la langosta.”

Una larga sequía completó la faena de la plaga. Los labradores argentinos oscilaban entre esperanza y desesperación. El almacenero dejó de dar mercadería a crédito.

Al daño sucedió una reacción en cadena. La pastura no pudo alimentar al ganado ni a los caballos, y éstos sucumbieron de hambre y sed. Tres años de arduo trabajo resultaron en la nada. La larga lista de los que habían festejado la futura cosecha y concedido créditos, aporreaban las puertas de

23 La falta de comprensión básica en lo que se refiere a conducir una economía rural causó mucho daño a una gran proporción de los colonos. El endeudamiento a base de ilusiones acompañó a la colonización desde sus primeros pasos, causando la quiebra de cooperativas, la pérdida de terrenos de los colonos y el hundimiento de décadas de esfuerzos.



los colonos. Tampoco la JCA pensó en aliviar la situación: las anualidades tienen que ser pagadas a tiempo...

Los "Dudeks" no entendían el mecanismo económico que los molía. El aparato jurídico se movió rápidamente. Representantes, abogados, policías, jueces, todos vinieron tras los deudores y exigieron llevar a juicio a todos los "Dudeks". El autor agrega sarcásticamente que la JCA, indiferente al sufrimiento de los colonos, se regocijaba, pues las deudas llevaban interés compuesto... Dudek ve que una gran masa de deudas se amontonó sobre él, y para reanudar el trabajo deberá pedir nuevamente un crédito, vivir un año entero "a cuenta". "El humilde e improvisado labrador no ve de dónde le infligen golpes del destino, y nuevamente rueda sobre la tierra, empujado por fuerzas que se van acumulando alrededor de él, hacia un combate contra la naturaleza."

Como pudimos ver, en el sexto capítulo la crítica de Leibov no eludió a ninguna de las facciones. Por un lado, los colonos, que no saben cómo manejarse en la agricultura ni en la economía, no toman en cuenta la implacable naturaleza, se autoconvencen con ilusiones de enriquecerse que los llevan a la ruina. Por otra parte, según el autor, los intereses de la JCA son puramente comerciales y no toman en cuenta el bienestar y el progreso de sus "protegidos". El gobierno y los muchos otros participantes ven solamente el lucro que pueden embolsar de los colonos, les ofrecen crédito ilimitado y los acometen cuando no logran liquidar los préstamos, sin considerar las adversas condiciones que tuvieron que afrontar.

El final del sexto capítulo es el prólogo al séptimo. El autor comienza a tratar la carencia de fraternidad entre los colonos. Durante la travesía hacia América ya conocimos el agrupamiento según origen y las primeras desaveniencias. En esa ocasión conocimos a Bunchik, el operador de la caja musical que dejó a su familia en Besarabia. Leibov nos reveló que Bunchik portaba, escondida, una importante suma, y ahora agrega que su objetivo era "hacer la América", no ser un simple labrador. Consiguió recibir del administrador, en arrendamiento por un año, una parcela cerca de la estación. Con chapas armó una choza y la llenó con mercadería rancia y varias docenas de botellas de bebida alcohólica, improvisó un mostrador y bajo él armó una cama. La tienda andaba bien, la ensanchó y en un año

triplicó su fortuna. Le remitía una pequeña suma a su mujer, a la que pidió que se hiciera pasar por viuda, y le prometió que en América iba a vivir como una reina. En varios años se transformó en un importante comerciante. En su portafolio guardaba pagarés de colonos a los cuales había dado préstamos. Podía inscribir en ellos cualquier suma que quisiera.

El séptimo capítulo, “Los Schlepovkas en la nueva zona de residencia”,<sup>24</sup> comienza con la descripción del defectuoso desarrollo de la colonia y de los centros urbanos, los “pueblos”. Áizik trabajaba en uno de ellos, y luchaba para subsistir. “Este pueblo, el primer ensayo de asentar grupos densamente, aparentaba más un cementerio que una colonia.” Las casas sufrían de negligencia. Con el desarrollo de la colonia, más y más inmigrantes se ubicaron en el pueblo o entre los colonos. Los pogromos del 1905 causaron un aumento en el flujo de inmigrantes, quienes buscaban y cambiaban trabajos, en espera de ser colonizados.

Leibov ofrece una explicación alternativa a la fundación de las cooperativas en las colonias, según él por iniciativa de la JCA. Su finalidad era aliviar el trabajo de la administración y ahorrar expensas. Asimismo, insinúa que las cooperativas estaban realmente bajo el mando de la administración, y le servían como otro brazo operativo. Según el autor, todas las consultas y las quejas de colonos se trataban en la cooperativa, pero las decisiones se tomaban en la administración. De esta manera, bajo un disfraz de “autogobierno” por parte de los colonos, la cooperativa ejecutaba la voluntad de la administración.<sup>25</sup>

Esta explicación es parcialmente correcta. En la JCA de Argentina no reinaba un concepto unánime ni una voz única respecto a la colonización. Samuel Y. Hurwitz señala en su libro sobre la colonia Lucienville que, en el año 1900, el entonces agente de la JCA, León Nemirowsky, alentó a los colonos a fundar una cooperativa. Así se originó el Farein (‘asociación’), la primera cooperativa agrícola en las colonias judías.<sup>26</sup> Hubo agentes de la empresa, por ejemplo, Samuel Kaplan y David Seví, que se preocupaban

24 Capítulo VII, pp. 58-64.

25 *Ibidem*, p. 59.

26 Samuel Y. Hurwitz, *Colonia Lucienville*, Buenos Aires 1932, pp. 71-75 [idish, mi traducción].

por el bienestar de los colonos, también cuando los administradores locales no consentían con sus ideas. Por otra parte, hubo quienes pensaban que las cooperativas tenían que concentrarse solamente en lo que incumbía a la hacienda y no en aspectos comunitarios. Hubo quienes intentaron intervenir en las actividades de las cooperativas, y por muchos años la JCA intentó evitar la formación de un ente que agrupase a las cooperativas de todas las colonias, por temor a que el mismo, como representante de los colonos, combatiera a la empresa. Sin embargo, es difícil aceptar la generalización que hace Leibov al declarar que las cooperativas servían como anexos de las administraciones y estaban subordinadas a ellas.<sup>27</sup>

Volvamos al sencillo e ingenuo Áizik. Se ocupaba de la enseñanza, con ingresos insignificantes. En el centro urbano subió la demanda de matarifes rituales. Áizik presentó su candidatura e inmediatamente se trasladó con su familia del campo a “la Schlepovka judía en la Argentina”. La licitación creó una querrela entre dos grupos, cada uno de los cuales apoyaba a otro candidato. En el conflicto se involucraron la colonia y el centro urbano. Frente a Áizik se presentó Jatzik. Eran dos partidos, Jerson frente a Besarabia, “que la paz nunca puede reinar entre ellos”.<sup>28</sup> El autor presenta dos contendientes y entre ellos una total y perfecta disparidad.

Áizik, estudioso y trabajador, era la antítesis de un comerciante. Su rostro estaba constantemente contraído en una mueca por causa de su miopía. Su vestimenta era simple y desprolija, su barba nunca vio un

27 Starkmeth opinó en 1914-1915 que las cooperativas no deben ocuparse en asuntos comunitarios. Véase Julio Y. Levin, *Las primeras poblaciones agrícolas judías en la Argentina (1896-1914): Crisis y expansión de las colonias fundadas por The Jewish Colonization Association*, Buenos Aires 2017, p. 300. Véase JCA, *Memorias JCA 1926*, París 1927, p. 27; *Memorias JCA 1927*, París 1928, p. 25, sobre la fundación de una nueva cooperativa en la colonia Narcisse Leven, “en base de los elementos más sanos de la colonia”, a lo cual se refieren Bursuk y Krichmar (véase nota 12), p. 207 y Ezequiel Schoijet (véase nota 1), p. 95; esas eran personas allegadas a la administración. Archivo Sionista, A-305-51, cartas de Mizrach a Kaplan; Archivo Central del Pueblo Judío (CAHJP), AR-JCA 9438, Kaplan a Mizrach, 22.12.1940. La correspondencia entre Kaplan y Mizrach incluye varias alegaciones con respecto a la inadecuada conducta de los administradores.

28 Otro ejemplo de que la agrupación según procedencia tuvo más importancia que la fraternidad entre vecinos.

peine. Plumas de la almohada estaban pegadas a sus largas patillas. Emitía siempre un fuerte hedor de transpiración. Toda su apariencia daba lástima y sin quererlo causaba repulsión.

Jatzik, mala persona, aporreaba a sus hijos y algunas veces a su celosa mujer. Trabajaba como matarife para la cooperativa, y flirteaba con sus clientas mientras degollaba las gallinas, lo que enfadaba a su esposa. Todos se reían, pero seguían trayéndole las gallinas. El autor retrata a Jatzik como un estereotipo de hipócrita, capaz de todo, incluso de faltar a sus deberes religiosos, para aumentar sus ingresos. Simulaba servir humildemente a su clientela, lo que complacía a las personas sencillas, que preferían al falso Jatzik y no al honrado Áizik.

Pero Leibov amplía su crítica y atribuye características estereotípicas a los inmigrantes de Besarabia, quienes “se apropiaron del gobierno político [de la cooperativa]” y así ayudaron a Jatzik. También Bunchik, oriundo de Besarabia, lo apoyó apasionadamente.

¿Y quién estaba en favor de Áizik? Gente económicamente debilitada: inmigrantes sin techo, artesanos pobres y varias personas honestas que honraban al judío estudioso. Dudek no sabía cómo ayudar a Áizik a ser elegido. Irrumpió en la cooperativa, gritó que los directores estaban sobornados y atacó a Bunchik por apoyar a Jatzik. Lo amenazaron con expulsarlo de la cooperativa.

En cierto momento apareció el administrador, habló con los directores, y éstos descalificaron a Áizik. Jatzik mantuvo su puesto de matarife. Áizik era un estudioso, pero Jatzik sabía cómo adaptarse al populacho y beneficiarse económicamente. Después de cinco años de lucha, en los cuales le nacieron tres niños, Áizik se encontró nuevamente en la calle. Braine lloraba.

El conflicto causó una ruptura en la vida religiosa del pueblo. Los “aristócratas”, con Bunchik a su frente, alquilaron un local que servía de sinagoga exclusivamente para los patricios de la “Nueva Schlepovka”, adquirieron un nuevo *Séfer Torá*, y la ceremonia ritual de ingresarlo a la sinagoga fue presidida por Jatzik.

La facción “demócrata” de la colectividad, presidida por Áizik, encontró un lugar para rezar en las afueras del pueblo. El autor describe de manera

pintoresca e irónica a la “Nueva Schlepovka”, al comentar que “en las fiestas, después de los servicios en las dos sinagogas, los miembros de la comunidad se cruzaban en los senderos enlodados del pueblo”.

El administrador añadía brillo a la sinagoga de los aristócratas, pues rezaba con ellos: “Según la recomendación de sus empleados de alto rango, él debía hacerse ver en la sinagoga por lo menos una vez al año, para dar ejemplo a sus clientes.”

El autor describe a la familia Bunchik y su rudo comportamiento. Java, que pasó hambre y miseria en Besarabia, ostentaba su riqueza. Su marido, “Don Jaime”, era avaro. Para ella, la Nueva Schlepovka se hacía pequeña. Solamente uno de los hijos asistió la escuela, según lo que requería la ley. Bunchik pensaba mandarlo al secundario, y luego a la facultad de medicina. Los demás trabajaban en el negocio. Java ascendió en el rango social, y organizó una sociedad de beneficencia, de la que era tesorera. El autor insinúa que, a causa de irregularidades en la caja, fue nombrada presidenta...

Los ingresos de Bunchik eran elevados. Pensaba en adoptar la ciudadanía argentina, se involucró activamente en la política y organizó a quienes votarían por “su candidato” en las elecciones para gobernador de la región.

En el séptimo capítulo el autor critica el desarrollo defectuoso de las colonias y sus centros urbanos, así como la desunión entre distintos grupos, desunión basada en los lugares de origen como también en intereses, y también a las cooperativas.

El octavo capítulo, “Colonizan a Áizik”, comienza varios años más tarde, en los cuales siguió luchando por el sustento de su familia.<sup>29</sup> Las olas de inmigrantes no facilitaron esa lucha, pues entre los nuevos había quienes competían por trabajo. Entre tanto, Dudek no obtuvo cosecha varios años consecutivos, estaba abarrotado de deudas, y entre temor y esperanza se resignó a su destino. Una buena cosecha le permitiría pagar un décimo de sus deudas, a la administración, a Bunchik, a la cooperativa y a otros acreedores.

29 Capítulo VIII, pp. 65-72.

Áizik decidió que le convenía ser colono y no un matarife pobre y sin ingreso. Se inscribió nuevamente, junto con muchos más, que día tras día se presentaban frente a la administración pidiendo que los colonizaran. Según el autor, se tramó un complot entre la cooperativa y la administración para repartir tierras de reserva entre conocidos, que no necesitaban de ella...<sup>30</sup>

La JCA adquirió tierras en otra región y los nuevos candidatos fueron anotados en una lista. Para crear una comunidad religiosa entre los colonos, la empresa trajo a un rabino –“alemán, atildado, atuendos de la última moda, hablaba sólo alemán”–, quien recibía a los colonos en la casa del administrador. El autor escribe irónicamente: “Una linda mañana Áizik se sentó frente al agente ambulante de Dios, el administrador espiritual de todas las colonias de la JCA [...] que se encarga de la espiritualidad de los hijos de Israel.”

El rabino le prometió añadirlo a la lista que se preparaba en la cooperativa, y el proceso fue acompañado por muchos forcejeos y consultas con la administración. La lista fue enviada a la oficina de JCA en Buenos Aires, y esperó varios meses sobre el escritorio del director. Entretanto, los candidatos vendieron sus bienes. Cuando la lista volvió de la capital, parte de ellos habían sido borrados. Milagrosamente, Áizik continuaba inscripto. El destino era la Pampa Central. Leibov prepara a los lectores: Áizik no se imaginaba que su alegría le costará muy caro en el nuevo sitio.<sup>31</sup>

Nuevamente la dolorosa despedida de sus amigos. Desde el tren veía los paisajes desérticos de la pampa. Manadas interminables de reses semisalvajes que levantaban polvaredas. Ni un ser humano. El autor critica punzantemente a los “insaciables capitales europeos”: “la explotación de reses tiene límites – la explotación de seres humanos no los tiene. Por eso los cuadrúpedos deben ceder el paso a los bípedos.” Y agrega que los colonos se apresuraban a la batalla planeada por “el estado mayor del capital europeo”.

30 CAHJP, AR-JCA-7238, Lista de Arrendatarios-Narcisse Leven. Aparecen colonos acaudalados y personas no ligadas a la colonización que arrendaban vastas superficies de las reservas en la colonia.

31 En el desarrollo de la novela, la noción del tiempo es vaga. El autor menciona, esporádicamente, el casi imperceptible transcurso de semanas, meses, años.

El lote de Áizik estaba situado a 25 kilómetros de la estación, en una zona agreste. El primer año lucha contra los espinosos arbustos, la tierra arenosa, la tosca. Diariamente vuelve a su casa con manos sangrantes e hinchadas. Se arrepiente de haber dejado su Schlepovka. El autor agrega irónicamente:

Como todos los inmigrantes, que *por necesidad aceptaron exiliarse voluntariamente*, eran pobres, y no tenían la posibilidad de organizar apoyo contra las vejaciones por parte de la administración, ni recurrir a algún ente social que les posibilitara convivir como seres humanos. (mi énfasis)

Sin entender la tierra ni el clima, sin instrucción agrícola, cada colono abría su camino en plena oscuridad, con su sentido común. Los sombríos resultados fueron siempre atribuidos por la JCA al “elemento” que colonizaron.<sup>32</sup>

Leibov se refiere a Áizik como el “Don Quijote” de la colonización. En su corazón todavía temblaba la pequeña llama de esperanza. Pero los golpes diarios dieron paso a la duda. Nadie en la empresa pensaba en su bien. El autor involucra en los pensamientos de Áizik a León Jazanovich, el “primer apóstol de la libertad judía”.<sup>33</sup>

En este capítulo el autor continúa describiendo las penurias que sufrieron muchos colonos, luchando, sin ayuda alguna, contra la naturaleza. Pero también describe el favoritismo en la asignación de tierras por parte de la JCA, y amplía su crítica hacia los intereses económicos europeos que guiaban el destino de los colonos.

El noveno capítulo, “Áizik sufre hambre”, comienza en 1913, un “año negro” en la colonia Narcisse Leven.<sup>34</sup> La arena y el desierto reinan

32 En las memorias anuales de la JCA muchos de los fracasos fueron atribuidos a la falta de talento o perseverancia de los colonos.

33 Activista de Poaléi Sion, visitó la Argentina en 1909 y criticó el trato que la JCA daba a los colonos. La empresa aprovechó la situación que reinaba en el país y lo acusó de anarquismo. Fue expulsado por el gobierno. Publicó un libro sobre el tema.

34 Capítulo IX, pp. 72-80. Los años negros fueron denominados así por la falta absoluta de cosecha y el aspecto que tenían los campos.

en la colonia. Los campos están grises. En el invierno, junto con el frío penetra el hambre en las casas. Áizik está ya tres años en la colonia,<sup>35</sup> y es muy popular entre los colonos. Trabaja en toda condición climática. Ser agricultor sigue siendo su ideal, pero en su casa sufren. El autor describe el mal estado de salud de Braine. A los 32 años, Áizik tiene el pelo canoso y el torso encorvado como un anciano. No comprende la indiferencia hacia los colonos que exhiben aquellos a quienes el “inolvidable Barón” designó para dirigir su obra filantrópica. Su mujer gime, sus niños lloran de hambre, su tierra está vacía. En la casa no hay agua, la del pozo es amarga y su hijo trae con el caballo agua desde una distancia de cinco kilómetros. Uno de sus hijos fallece a los tres años por tomar agua salubre en un tórrido día de verano.

Áizik intentaba comprender quién era responsable por el fracaso de la colonización, y pensaba que su “residir sobre la tierra” podía ser un malentendido. “No concebía que la tierra sobre la cual trabaja no es apta para agricultura, que él mismo no es un agricultor, y los que lo dirigen no son colonizadores.”

El autor describe la terrible situación. Les queda una sola bolsa de trigo, los caballos murieron de hambre. Huir le parecía un sacrilegio para con el Barón. ¿Y con qué huir? La tierra no era suya, ni la casa, ni el cerco, ni los caballos que quedan, ni el arado, ni el carruaje – todo lo que recibió a 20 anualidades y que hasta ahora no pudo pagar. Entiende que no es el agricultor que pensó cuando estaba en Schlepovka. Tal vez la tierra no puede proveerle comida y siempre será un *Luftmentsh*, un hombre sin raíces. Comienza a ver la realidad, tan alejada de los relatos de la Biblia.

En su mente ve la colonia como el centro del mundo. Deduce que la imposibilidad de ese mundo deriva de la mala voluntad de la administración local, y que la protesta puede despertar a los impasibles. “Gritar, gritar en todo lugar y a todos’, pensó.”

35 La colonia fue fundada en 1909. Las primeras 122 familias colonizadas eran inmigrantes que trabajaron como obreros agrícolas en la colonia Mauricio y en colonias de Entre Ríos.



En las asambleas exige escribir a París y a los periódicos, pero los líderes de la colonia rechazan sus pedidos. Los hambrientos colonos se aglomeraban frente a la administración, gritaban, peleaban entre ellos, amenazaban con sus puños, sin saber siquiera a quién. Áizik era el personaje central y los demás se agrupaban a su alrededor. Comenzó a acusar a la JCA por haberlos desarraigado de sus casas y traerlos a morir de hambre en el desierto y se transformó en partidario de volver a Rusia.

Decidió entrar al “*Sancta Sanctórum*”, así denomina el autor a la oficina de la cooperativa, donde se realizaba una reunión con el administrador, para examinar la gravedad de la situación, y ver cómo auxiliar a los hambrientos. El administrador era alemán, corpulento, afeitado, mirada firme y serena, potente, anillos de oro brillaban en sus dedos. Los otros participantes temían discordar con él, porque el destino de los colonos estaba en sus manos. Les faltaba el coraje para sugerir dirigirse a alguien y pedir ayuda.

Áizik irrumpe en la reunión. Los directores de la cooperativa no saben cómo reaccionar. Áizik acusa a los congregados de no respetar los dictámenes del Barón. El administrador lo interrumpe y le reprocha su conducta. “¿Qué, me va a expulsar de mi casa?”, dice Áizik, pensando que la sala de asambleas pertenecía a los colonos. Áizik no había leído el contrato y estaba convencido de que el Barón legó sus bienes a los colonos. Creía, como muchos otros colonos, que todos los derechos les pertenecen a ellos, y los deberes a la administración. La administración entendía lo opuesto. Según el autor, ese es el conflicto básico y constante de la colonización de JCA en la Argentina.

El décimo capítulo, “El fin de la odisea”, comienza con el dilema expuesto al final del capítulo anterior.<sup>36</sup>

Por un lado, la falta de conocimiento por parte de los colonos de sus derechos, y por otro lado los procesos no definidos en los círculos directivos de la JCA, generaron el embrollo en las relaciones de los colonos hacia la administración de la empresa.

36 Capítulo X, pp. 80-89.

Áizik considera que es su derecho exigir que la JCA haga lo posible para auxiliar a los colonos. Teme al administrador, porque sabe que su deuda a la JCA es más elevada que el valor de su tierra, pero arremete contra el comité de la cooperativa. El presidente de la misma se había enriquecido con el comercio de ganado y tenía el respaldo del administrador. Según el autor, la cooperativa era pobre, y por eso “económicamente estaba sometida a la administración de la JCA”. Y prosigue: “La rendición económica, política y moral de la colonia a los servidores de la JCA, era siempre el resultado de todo el método de colonización.”

Áizik salió gritando. Un vecino lo llevó en su sulky. La hermosa puesta del sol no concordaba con la hostil pampa. Camino a su casa pensó que era imposible seguir así: Braine está enferma y sin medicamentos, los niños lloran hambrientos, no hay quién labre el campo ni con qué hacerlo, y para qué si Dios está contra ellos. Se resignó a morir de hambre, si eso es lo que Dios quiere. Otra desdicha le esperaba, su hija se había caído del caballo y fracturado un pie. Braine, postrada en la cama, no podía ayudar. Se atormentó pensando cómo salvar a los suyos, enfermos y famélicos.

Pensó vender la vaca, pero no era suya, y lucía la marca de la JCA. Decidió empeñarla. A la madrugada fue a ver a Zéraj Smeltchok, un comerciante de ganado. No era posible empeñarla, por estar marcada, Áizik no poseía los papeles, y en todo caso la vaca era magra. Ese comerciante cometía fechorías, pero solamente después de recibir el visto bueno del juez y del comisario... Era también soplón de la administración, y le comentó al administrador que Áizik tenía la intención de perpetrar un crimen. Otros lo delataron por pensar en fugarse de la colonia. El administrador se apresuró con el empleado y el chófer a la casa de Áizik. Al llegar lo vio persiguiendo la vaca, y convocó a la policía. Lo arrestaron sin darle la oportunidad de defenderse. Todo el proceso era ilegal, pero Áizik no conocía sus derechos.

Además de la crueldad que describe, el autor enfatiza la falta de fraternidad entre los colonos. Al ver a la policía llevando a Áizik, todos los que codiciaban su campo se apretujaron a la puerta de la administración, entre ellos también Zéraj. Áizik no se había anotado en la lista de hambrientos, y por esa razón la mano del benefactor no se extendería hacia

él. Lo condenaron como castigo por sus quejas y acusaciones contra la cooperativa y el administrador.

La celda era pequeña, oscura y sucia, el techo de paja agujereado. Al lado de la puerta, un policía, su tez negra como carbón, labios gruesos que no paraban de tomar mate, estaba constantemente vigilando. Ese policía había sido condenado por cometer varios asesinatos... Áizik, después de diez años en el país, no hablaba castellano.

Toda la noche Áizik recorre ida y vuelta la pequeña celda. De repente su cuerpo se estremece como por una descarga eléctrica. Se despierta, salta de la cama, y asustado mira a su alrededor. Está en su casa, en Schlepovka. Suspira profundamente y en voz alta, aliviado, lo que despierta a Braine, que le pregunta asustada qué le ocurre. Él solo pide agua y vuelve a dormir.

El sueño que Áizik soñó resultó ser una pesadilla...

## **Evaluación**

La novela del Lázaro Leibov se debe evaluar no solo como una obra literaria, sino en el contexto histórico. Según el autor, su obra es una crítica contra la JCA y su gestión de la empresa colonizadora en Argentina. En sus diez capítulos, el autor despliega la odisea de Áizik, uno de los millares de judíos que dejaron la Europa oriental como parte del flujo migratorio rumbo a la Argentina.

Gran parte de los hechos que Leibov relata están basados en episodios que él presenció. Otros, por ejemplo la forma de actuar del agente de la JCA en Schlepovka, están basados en experiencias que algunos colonos le relataron.

Capítulo tras capítulo, el autor desarrolla el itinerario de Áizik, itinerario compartido por muchos colonos, que los hacía oscilar entre esperanza y desaliento, casi sin posibilidad de cambiar el rumbo de los eventos. Se puede establecer que todos los colonos sufrieron parte de las contrariedades descriptas por Leibov.

Gran parte de los colonos no tenían experiencia alguna en las faenas agrícolas. Pero hay que tener en cuenta que, en parte de las colonias,

por ejemplo, Narcisse Leven, la tierra no era apta para agricultura. Esa frustrante realidad causó a muchos colonos amargura y desesperación. La JCA no se apresuró a aliviar la situación.

La crítica del autor no está dirigida solamente contra la JCA como institución y sus empleados, sino también contra el gobierno argentino y su actitud hacia el agro en la república, y también contra los intereses económicos europeos que *de facto* tomaban las decisiones.

Pero la crítica no elude a los colonos, e incluye la falta de fraternidad entre ellos y su agrupamiento según origen e intereses personales. Estos intereses llevaban a parte de ellos a mentir, acusando y delatando a colonos inocentes para poder “heredar” sus parcelas.

Y hubo más de un Áizik ingenuo, que no adapta sus sueños a la realidad, que tras diez años en el país no habla el idioma ni comprende lo que le ocurre ni por qué le ocurre. La esperanza que lo mantiene se va esfumando.

La novela, que fue redactada en 1916, es un documento histórico muy importante, que corrobora datos conocidos y los integra en un relato que abarca todas las fases de la inmigración y asentamiento en las primeras décadas de la colonización agrícola judía en la Argentina.